

ciones, destruyendo el viejo edificio de la sociedad europea. Después de un siglo de movimientos revolucionarios aun estamos muy lejos de la época en que hayan tomado las naciones su asiento definitivo. Unicamente cuando se haya consumado esa inmensa revolución podrán los pueblos seguir las huellas de la Asamblea nacional, y la declaración de paz vendrá á ser una verdad.

Hay, pues, una parte real en los sentimientos expresados en el 89 desde la tribuna de la Asamblea constituyente. En este sentido, nos asociamos á las palabras de Petion y las consignamos en nuestros *Estudios*, como una profecía del porvenir: "¡Qué impresión profunda y saludable, qué buenos efectos no produciría esta noble declaración! Sería, me complazco en creerlo, el primer signo de alianza y de concordia entre las naciones; apagaría poco á poco la antorcha de la guerra. Porque en fin, pronto ó tarde, las verdades útiles y bienhechoras deben reinar en la tierra; las preocupaciones la han desolado durante mucho tiempo, y su reinado no puede ser eterno, deben ceder á la luz; tal es la marcha natural é imperiosa del espíritu humano y de los acontecimientos. Es imposible que las naciones no abran los ojos, que no vean que todas han perdido en ese estado continuo de división y de guerra; que ese sistema de fuerza, el único que han conocido hasta el día, ha sido el que ha causado todas sus desgracias... A los males engendrados por la antigua política opone Petion los beneficios de una política de paz y de fraternidad: "Las naciones gozarán de igual seguridad, cualquiera que sea la extensión de su territorio y de su poder, y perfeccionarán tranquilamente su régimen interior. Los lazos más estrechos las unirán de un modo más íntimo unas á otras; se prestarán auxilios necesarios, se comunicarán sus goces... Tal vez vendrá un día en que el sistema de uno de los más ardientes y más virtuosos amigos de la humanidad, que á veces se ha llamado el sueño de un hombre de bien, será el derecho público de las naciones, y tendréis la gloria de haber preparado ese hermoso día."

Sería un error creer que el cosmopolitismo que entusiasmaba á la Asamblea nacional fué la obra de la Revolución. Hemos expuesto en otra parte (1) los sentimientos de los filósofos; los hombres del 89

(1) Véase mi *Estudio sobre el siglo XVIII* (parte décimatercia de los *Estudios sobre la historia de la humanidad*).

son sus discípulos; estaban unánimes en su reprochación de la antigua política de conquista; Petion y Robespierre hablaban como el duque de Levis y el duque d'Aiguillon. Había en la Asamblea nacional un hombre de letras, filósofo, viajero, historiador, Volney, que pertenecía el partido moderado; vamos á transcribir la declaración de principios que formuló; ninguna expresa mejor el pensamiento de la Revolución:

"La Asamblea nacional declara solemnemente:

1.º Que considera la universalidad del género humano como formando una sola y misma sociedad, cuyo objeto es la paz y la felicidad de todos y cada uno de sus miembros.

2.º Que en esta gran sociedad, los pueblos y los Estados, considerados como individuos, gozan de los mismos derechos naturales y están sometidos á las mismas reglas de justicia que los individuos de las sociedades parciales.

3.º Que, por consiguiente, ningún pueblo tiene derecho á invadir la propiedad de otro pueblo, ni á privarle de su libertad y de sus ventajas naturales.

4.º Que toda guerra emprendida con otro objeto que el de la defensa de un derecho justo es un acto de opresión que importa á la sociedad reprimir, porque la invasión de un Estado por otro tiene á amenazar la libertad y la seguridad de todos.

"Por estos motivos, la Asamblea nacional ha decretado y decreta como artículo de la Constitución francesa: Que la nación francesa se prohíbe en este momento el emprender guerra alguna que tienda al aumento de su actual territorio," (1).

¡Ilusiones!, se dirá. Sueños de filósofos que no conocen la realidad de las cosas. Hemos dicho de antemano la parte que había de ilusión y la parte de la verdad eterna. Por el momento hacemos constar un hecho, y no hay otro más consolador para los que creen en un desenvolvimiento progresivo de la humanidad, y es que todos los hombres ilustrados de Europa participaban de las esperanzas que animaban á la Asamblea nacional. Citaremos un testimonio curioso de la opinión pública es anterior á la brillante discusión que se verificó en la Asamblea sobre el derecho de paz y de guerra; es una correspondencia de Alemania enviada al *Monitor* en los primeros días de 1790.

(1) *Monitor* del 20 de Mayo de 1790.

"Es probable, dice el corresponsal, que el espíritu de conquista está en Europa amenazado de muerte. Las naciones, debe preverse, están fatigadas por un azote que no cubre ya la preocupación con mentiras. Despojado de sus laureles, va á concluir en el oprobio. Bastante tiempo ha manchado la humanidad con crímenes, corrompiendo la razón de los pueblos por medio de abominables honores. Medio siglo más, y la cosa está hecha: cuando no haya Hunos en la tierra, no habrá Atilas. La gloria del rey será el amar al pueblo; la gloria del pueblo amar á su patria. Cuando todos se batan por la defensa de todos, los guerreros serán raros. No está ni en el orden de nuestras necesidades ni en las necesidades de la naturaleza que los hombres de un país esperen periódicamente la más hermosa estación del año para ir á matar á sus vecinos. La Providencia no ha dispuesto las estaciones para el convoy de la artillería, como no ha creado la especie humana para vivir de sangre y de carnicería; porque, en fin, puesto que no se comen ya los prisioneros de guerra, es inútil la caza de hombres," (1).

Los hombres del 89 tenían una razón decisiva para amar la paz y para temer la guerra. Si no hubiesen escuchado más que su ardiente cosmopolitismo y el ímpetu francés, se hubieran lanzado con entusiasmo á los azares de una guerra de propaganda. Pero antes de remover el mundo con la palanca de la revolución, ¿no era necesario que la revolución estuviera consolidada en Francia? ¿Qué sería de la libertad en medio de las tempestades de un trastorno universal? Cuando Mirabeau pensaba en los peligros que amenazaban la libertad en su cuna, exclamó: "Ante todo, ¿qué necesitamos? La paz exterior," (2). Los deseos se convierten fácilmente en esperanzas. En el siglo XVIII, Voltaire, haciendo la guerra á los conquistadores, se burlaba de la paz perpetua del abate de Saint Pierre. Sus discípulos tuvieron una fe más viva en los progresos de la humanidad. El sueño de un hombre de bien, que el gran satírico había ridiculizado, fué reproducido en la tribuna de la Asamblea por hombres políticos. "El sistema de una paz universal, dice Beauharnais, ha pasado mucho tiempo

por una quimera. Ciertamente, puede ser permitido al pueblo francés del siglo XVIII y á la Asamblea nacional de 1789 concebir la idea y presentir la esperanza," (1). Mirabeau, que no era un espíritu quimérico, se apegó á esas ilusiones tanto más cuanto temía la guerra, y, bajo el punto de vista de la libertad francesa, no dejaba de tener razón. "Indudablemente, exclama, vendrá el tiempo en que la Europa no sea más que una sola familia," (2). El gran orador no se forjaba ilusiones hasta el punto de creer que sus deseos iban á realizarse; pero le gustaba franquear el intervalo que le separaba del destino futuro que la humanidad esperaba; profetizaba entonces un porvenir en el que la Europa no tendría ya necesidad de la antigua política, porque no habría ya ni déspotas ni esclavos. "No está lejos de nosotros tal vez ese momento en que la libertad, reinando sin rival en los dos mundos, realizará el deseo de la filosofía, absolverá á la especie humana del crimen de la guerra y proclamará la paz universal. Entonces la felicidad de los pueblos será el único fin de los legisladores, la única fuerza de las leyes, la única gloria de las naciones; entonces las pasiones particulares, transformadas en virtudes públicas, no desgarrarán con sangrientas contiendas los lazos de la fraternidad que deben unir á todos los gobiernos y á todos los hombres; entonces se consumará el pacto de la federación del género humano," (3).

Pero ¿cómo garantizar á las sociedades contra la ambición de los príncipes guerreros? Un filósofo alemán escribió un proyecto de paz perpetua, en medio del furor de las guerras encendidas por la Revolución. Kant no se dejó turbar por el espectáculo de esas luchas sangrientas; allí donde los espíritus superficiales no veían sino ruina y anarquía, su elevada razón percibió elementos de un porvenir mejor. El filósofo dice que las naciones son esencialmente pacíficas; espera que cuando domine la voluntad general en la organización de los Estados, se pronunciará en todas partes por la paz (4). Ahora bien, ¿no inauguraba la Revolución la era de la soberanía de los pueblos? Por esto mismo representaba el principio de una era pací-

(1) *Monitor* del 18 de Mayo de 1790.

(2) *Monitor* del 21 de Mayo de 1790.

(3) *Monitor* del 26 de Agosto de 1790.

(4) Véase, sobre KANT y su proyecto de paz perpetua, mi *Estudio sobre la Filosofía de la historia* (parte décimoctava de estos *Estudios*).

(1) *Monitor* del 4 de Enero de 1790.

(2) MIRABEAU, *Carta* del 28 de Octubre de 1790 (*Correspondencia entre el conde de Mirabeau y el conde de la March*, t. II, página 44 y siguientes).

ca. Tales eran también las esperanzas de los hombres del 89; hé ahí por qué no querían que la nación delegase al rey el derecho de paz y de guerra; reivindicaron ese derecho para la Asamblea nacional.

“Abrid la historia, dice Petion, y contemplad todos los crímenes de lesa humanidad cometidos por los señores del mundo. Veréis que cada página está teñida en la sangre que han derramado; veréis que los pueblos no han cesado de ser los viles instrumentos y las víctimas de la ambición de esos feroces déspotas. Mil y mil rasgos atestiguan esta triste verdad; basta decir que no hay un solo pueblo que no haya tenido que gemir por haber dejado entre las manos de sus jefes el derecho de satisfacer á su gusto sus inclinaciones por la guerra.”

Dad el derecho de guerra á las asambleas nacionales, y el imperio de la paz estará asegurado; á lo menos, dice Petion, las guerras serán menos frecuentes: “Una asamblea no es susceptible de esas pequeñas pasiones, de esas debilidades, de esa delicadeza de amor propio que se irrita de todo, fuentes fecundas de las querellas que ponen las armas en manos de los pueblos. El paso negado á un embajador, una palabra indiscreta, la ambición de un favorito, las intrigas de una querida, no le harán degollar á millares de hombres,” (1).

Se sabe que la nación se conmovió vivamente ante esos debates sobre el derecho de guerra y de paz. No se trataba de una rivalidad de poder entre la Asamblea y el rey; ésta no era más que la superficie de las cosas; en el fondo, el cosmopolitismo pacífico de la Revolución estaba en litigio. Encontramos un notable testimonio de la opinión pública en un discurso pronunciado en la sociedad de los Amigos de la Constitución por el abate Soulavie. Era fácil al orador el demostrar que en los países en que los reyes son soberanos no se veían más que guerras tan desastrosas como inútiles; el reinado de Luis XV, que acababa de terminar, le suministraba evidentes pruebas en apoyo de su tesis. A la desgracia de la guerra permanente, el abate Soulavie opuso la felicidad de que gozaban los pueblos que ejercían por sí mismos la soberanía; citó á los Americanos y á los Suizos:

(1) PETION, *Discurso sobre el derecho de hacer la paz, la guerra y los tratados* (Obras de PETION, t. III, p. 308 y 323).

“¿A quién podían hacer la guerra esas repúblicas? ¿Tienen suegros que establecer en Polonia, como el rey Estanislao? ¿Tienen hijos de segundas nupcias que colocar, como la reina de España en tiempo de Felipe V? La usurpación del terreno del prójimo es una pasión que pertenece sólo á las dinastías reales, mientras el pueblo soberano no conoce otra más que la prosperidad de la agricultura y de la industria,” (1).

## II

Los hechos estuvieron muy lejos de corresponder á las esperanzas de la filosofía. Creíase volver á la edad de oro, y á fines del siglo XVIII se vió nacer una guerra á muerte entre el antiguo mundo y el nuevo. En realidad, la guerra empezó con la revolución. Brissot, gran partidario de la guerra tenía razón al decir: “Vuestra constitución es un anatema eterno contra los tronos absolutos. Procesa á los reyes y pronuncia su sentencia... ¿Vuestros enemigos? Son reyes y vosotros pueblo. ¿Acaso hay posibilidad de capitulación sincera entre la tiranía y la libertad?” (2). El conflicto de la Europa monárquica y de la Francia democrática era inevitable. Pero esta guerra ¿será por parte de la Francia una guerra de conquista? Se acusa á la Revolución de haber sido infiel á sus promesas y á sus compromisos. Se dice que apenas estuvo en vigor la Constitución de 1791, la Francia revolucionaria se desbordó por Europa, y la propaganda de la libertad fué origen de conquista, como podía haberlo sido la ambición de la monarquía. Los hechos contestarán á esta acusación.

Francia se armó antes de que la Constitución nueva fuese proclamada. ¿Era esto por un espíritu de conquista? Los rumores de una coalición de los reyes absolutos contra la Revolución alarmaron á la nación. Estos temores se manifestaron en el seno de la Asamblea. Encargó á su comité militar el proponer medidas de defensa. El ponente, Menou, que más tarde hizo un papel glorioso en las guerras de la República, declaró en términos claros y netos cuáles eran los sentimientos de la Francia ante una coalición amenazadora: “Que sepan los reyes que si nos obligan á hacer la gue-

(1) *Monitor* del 1.º de Julio de 1790.

(2) *Monitor* del 19 de Enero de 1792.

rra según los principios que tan solemnemente hemos consagrado, no será sino en defensa de nuestro cuerpo; que sepan, digo, que será una guerra á muerte, que combatiremos para destruir ó aniquilar á todos los que vengan á atacarnos ó para perecer.” Hé ahí arrojado el guante á la Europa; pero los que le lanzaron ese soberbio reto ¿pensaban en conquistas? Escuchemos la respuesta de Mirabeau: “No es de temer una guerra de conquista por parte de los que más bien desearían borrar los límites de todos los imperios, para no hacer del género humano sino una sola familia, de los que quisieran levantar un altar á la paz sobre el montón de todos los instrumentos de destrucción que cubren y manchan la Europa, y guardar sólo contra los tiranos las armas consagradas por la noble conquista de la libertad,” (1).

Es inútil insistir para defender la Asamblea constituyente: sería hacer una injuria á los Mirabeau, á los Petion, á los Lameth. Estaban animados del santo entusiasmo de la libertad, y no pensaban en extender las fronteras de Francia. La Asamblea legislativa fué la que declaró la guerra: se acusa á los girondinos de haber encendido la lucha que ensangrentó la Europa durante veinte años. Más adelante diremos cuáles son los verdaderos culpables; por el momento, opondremos á los detractores de la Revolución las doctrinas de los partidos que dividían la naciente república: los republicanos no ocultaban sus sentimientos; ellos mismos nos dirán lo que pensaban.

Había en la Asamblea legislativa un filósofo, discípulo de Voltaire. Condorcet pertenecía á ese brillante partido de talentos que se llama la *Gironada*; se pronunció por todas las medidas que condujeron á una declaración de guerra. ¿Había olvidado la profesión de fe del 89? ¿Era ya el espíritu invasor de la república el que lo animaba? Vamos á citar sus palabras. Los más decididos partidarios de la paz perpetua no las desaprobaban. Los emisgrados se armaban abiertamente contra su patria; encontraban protección y auxilios en los Estados vecinos de la Francia. ¿No era un deber precaver la ejecución de sus criminales designios? La Asamblea constituyente, renunciando á las conquistas, no había ciertamente pensado en renunciar al derecho, mejor dicho, al deber de defender la liber-

(1) *Monitor* del 30 de Enero de 1791.

tad; ahora bien, los partidarios de la guerra no tenían más que una sola ambición, la defensa de la libertad. Dejemos hablar á Condorcet: “La nación francesa no cesará de ver un pueblo amigo en los habitantes de los territorios ocupados por los emigrados y gobernados por príncipes que los protegen. Los ciudadanos pacíficos, cuyo país ocuparán nuestros ejércitos, no serán enemigos para ella. No serán para ella ni aun súbditos... Orgullosa de haber reconquistado los derechos de la naturaleza, la nación francesa no los ultrajará en los demás hombres; celosa de su independencia, resuelta á sepultarse en sus ruinas antes que sufrir que alguien se atreva á dictarla leyes, no atacará la independencia de las demás naciones... La paz, que la mentira, la intriga y la traición han alejado, no dejará de ser el primero de nuestros deseos. Francia tomará las armas, á pesar suyo, por su seguridad, por su libertad, y se verá que las deponen con alegría el día que esté segura de no tener nada que temer por la libertad y por la igualdad, que han llegado á ser el único elemento en que los Franceses pueden vivir,” (1).

La declaración de principios redactada por Condorcet en visperas de la guerra que iba á incendiar la Europa es un hecho desconocido en los anales del género humano. Cuando la Asamblea constituyente renunció á la política de conquista, creía en la paz, en una nueva edad de oro; se le puede acusar de haberse mecido en ilusiones, y no ver en los principios que proclamó más que simples teorías, ó, si se quiere, sueños de hombres de bien. Cuando Condorcet propuso su declaración, la guerra era inminente. No se trataba ya de teoría, sino de una terrible realidad, de la sangre que iba á correr. En este momento la Asamblea legislativa renovó la profesión del 89, adoptando por unanimidad y aclamación la declaración de Condorcet (2). ¡Que se nos enseñe un pueblo preparándose á la guerra y proclamando antes que respetará la independencia de los vencidos!

Algunos meses después estalló la guerra. ¿Se dirá que lo sucedido hasta entonces era una comedia filosófica, y que la declaración de guerra dió un mentis á los sueños de los filósofos? No, Condorcet no es un cómico; quien dió su vida por sus

(1) *Monitor* del 30 de Diciembre de 1791.

(2) *Monitor* del 31 de Diciembre de 1791.

convicciones merece que se dé fe á sus palabras. Tampoco es verdad que la declaración de guerra de 1792 haya desgarrado la Constitución de 1791. La Asamblea legislativa reprodujo los principios del 89 en el acto mismo que se le imputa como un crimen: "La Asamblea nacional declara que la nación francesa, fiel á los principios consagrados por su Constitución de no emprender ninguna guerra con la mira de hacer conquistas, y de no emplear jamás sus fuerzas contra la libertad de ningún pueblo, no toma las armas sino para la defensa de su libertad y de su independencia; que la guerra que se ve obligada á sostener no es una guerra de nación á nación, sino la justa defensa de un pueblo libre contra la injusta agresión de un rey," (1).

Se acusa á los girondinos de haber impelido á la guerra para llegar á la república (2). Aun cuando la censura fuese fundada, no probará nada contra la Revolución. ¿Qué importa que los girondinos hayan amado la república? ¿Han declarado la guerra á la Europa monárquica por miras de conquista? Esto es lo que los reaccionarios debieran demostrar; pero en vano lo intentarán; los republicanos saldrían de sus tumbas para convencerles de que les calumniaban. Brissot, gran partidario de la guerra, va á decirnos por qué la predicaba á la Asamblea y á los jacobinos: "El raciocinio y los hechos le han convencido, dice, que un pueblo que ha conquistado la libertad tras tantos siglos de esclavitud tiene necesidad de la guerra. Es precisa la guerra para consolidarla, es precisa para purgarla de los vicios del despotismo, es precisa para hacer desaparecer de su seno á los hombres que podrían corromperla," (3).

El argumento es malo. Era necesario temer, por el contrario, que la guerra, aun cuando condujera á la república, podía ser la tumba de la libertad. En realidad, no eran los girondinos hombres políticos. Se guiaban por el sentimiento más bien que por la razón y los hechos. Lo que les excitaba á la guerra era un vago instinto de la misión de la Francia. Llamada á difundir la libertad en el mundo, ¿cómo hubiese llenado ese papel glorioso, si no hubiese entrado en lucha con la aristocracia feudal

y con la antigua monarquía, que dominaban en Europa? Escuchemos al joven Louvet, hablando á la Asamblea legislativa, como orador de una diputación parisiense: "Fuertes en nuestra causa, os pediremos que entre nosotros y los reyes sea Dios llamado como juez, y que Él decida irrevocablemente si hizo el mundo para algunos hombres, ó si más bien no quiso que unos cuantos perteneciesen al mundo. Os pediremos un azote terrible, pero indispensable; os pediremos la guerra. ¡La guerra! ¡Y que al instante se levante la Francia en armas! ¿Podrá suceder que la coalición de los tiranos se complete? ¡Ah, tanto mejor para el universo! ¡Que al momento, rápidos como el relámpago, millares de nuestros ciudadanos soldados se precipiten sobre los numerosos dominios de la feudalidad! ¡Que no se detengan sino donde concluya la esclavitud! ¡Que los palacios estén rodeados de bayonetas! ¡Que se fije la declaración de los derechos en las cabañas! ¡Que el hombre, instruido y libertado en todas partes, vuelva á tener el sentimiento de su dignidad primera! ¡Que el género humano se levante y respire! ¡Que todas las naciones no constituyan más que una! Y que esta inmensa familia de hermanos envíe sus plenipotenciarios sagrados á jurar en el altar de la igualdad de los derechos, de la libertad de cultos, de la eterna filosofía, de la soberanía popular, la paz universal," (1).

El instinto que inspiraba á los girondinos era justo; tenían razón en arrastrar á la Francia á los campos de batalla, porque el feudalismo que oprimía á los pueblos no podía ser vencido más que por las armas de los republicanos. Los girondinos eran los verdaderos órganos de la raza francesa, raza ávida de movimiento y de luchas guerreras; ahora poseía una palanca con la cual podía remover el mundo, la libertad. ¿Cómo no se había de servir de ella para hacer propaganda á mano armada? Uno de los fogosos diputados del Mediodía, Isnard, proclamó en la tribuna qué sentimientos animaban á la Francia, cuando estaba impaciente de lanzarse en la carrera de los combates; es vanidad gala, ardor militar, pero también santo entusiasmo de la libertad:

"El pueblo francés va á ser el pueblo más notable del universo; esclavo, fué intrépido y orgulloso; libre, ¿será tímido y débil? Tratar á todos

(1) *Monitor* del 27 de Diciembre de 1791.

los pueblos como hermanos, no hacer ningún insulto ni sufrirlo, no desnudar la espada sino por la justicia, no envainarla sino después de la victoria, estar, en fin, siempre dispuesto á combatir por la libertad, á morir por ella y á desaparecer todo entero de la superficie del globo antes que dejarse volver á encadenar, ese es el carácter del pueblo francés... Decimos á la Europa que el pueblo francés, si saca la espada, arrojará la vaina... Decimos á la Europa que si los gabinetes comprometen á los reyes en una guerra contra los pueblos, nosotros comprometeremos á los pueblos en una guerra contra los reyes. La decimos que todos los combates á que se entregan los pueblos por orden de los déspotas se asemejan á los golpes que se dan dos amigos en la oscuridad, excitados por un instigador pérfido; si aparece la claridad, arrojan sus armas, se abrazan y castigan al que les engañaba. Lo mismo que si, en el momento en que los ejércitos enemigos luchan con los nuestros, la luz de la filosofía hiere nuestros ojos, los pueblos se abrazarán á la faz de los tiranos destronados y del cielo satisfecho... Decimos, en fin, que diez millones de Franceses, abrasados en el fuego de la libertad, armados de la espada y de la pluma, de la elocuencia, de la razón, podrán solos, si se les irrita, cambiar la faz del mundo y hacer temblar á todos los tiranos en sus tronos de arcilla," (1).

Había muchas ilusiones en ese entusiasmo; pero una cosa es clara como la luz del sol: que en razón misma de las ilusiones que transportaban á los girondinos á un mundo ideal, no había una sombra de cálculo en su política, si puede llamarse política lo que los diplomáticos llamarían locura. Y los sentimientos de la *Gironda* eran los de la Asamblea en que brillaban por su talento oratorio. Aunque declarando la guerra, la Asamblea legislativa no renunciaba á las esperanzas que habían animado á los hombres del 89; creía que esta guerra sería la última y que inauguraría el reinado de la libertad y de la paz universal. En Julio de 1792, la patria fué declarada en peligro por medio de un decreto solemne. Escuchemos al ponente, Hérault de Séchelles, hablando en nombre de los comités militar y diplomático y de la comisión extraordinaria: "La guerra que hemos emprendido no se ase-

(1) BUCHEZ y ROUX, *Historia parlamentaria de la Revolución francesa*, t. xii, p. 888 y siguientes.

meja en nada á esas guerras comunes que tantas veces han desolado y desgarrado el globo; es la guerra de la igualdad y de la libertad contra una coalición de potencias, tanto más encarnizadas en modificar la constitución francesa, cuanto más temen que se establezcan en ellas nuestra filosofía y las luces de nuestros principios. *Esta guerra es, pues, la última de todas entre ellas y nosotros*," (1).

La Revolución concluyó por hacerse conquistadora, y la nación se embriagó con la gloria de las armas. Fué una desviación del espíritu del 89; no eran estos ciertamente los sentimientos de la *Gironda*. El más elocuente de sus oradores hablaba de la guerra como hablaba Fenelón: "Aborreced la guerra, exclama Vergniaud, es el mayor crimen de los hombres y el más terrible azote de la humanidad; pero si se os obliga á ella, sin asustaros de los reveses, sin enorgulleceros por el triunfo, seguid el curso de vuestros grandes destinos," (2). Las primeras victorias obtenidas por la joven República no cambiaron en nada este orden de ideas. Después de la batalla de Jemmapes, Jean de Bry propuso instituir una fiesta nacional para celebrar el triunfo de los ejércitos republicanos. Barere se opuso á ella: "¡Fiestas por las matanzas de hombres!, exclamó. No, ciudadanos, no imitaréis el despotismo. ¡Dejemos á los reyes de Europa celebrar fiestas, cuando hayan inundado la tierra de sangre!... ¡Qué! Millares de hombres han perecido, porque los Autriacos son hombres; sólo los reyes no pertenecen á la especie humana. ¡Trescientos Franceses han dejado en medio de nosotros viudas y huérfanos, y hablaremos de fiestas! Me opongo y pido un simple monumento fúnebre." Esos son los sentimientos del 89, el lenguaje del 89 al principio de la República. Admira oír á Vergniaud apoyar la proposición de una fiesta nacional; pero hay que escuchar sus razones: "Es cierto que han parecido algunos hombres en esta batalla; pero, en fin, la libertad es la que triunfa. Han perecido algunos hombres; pero ¿por qué hemos declarado la guerra? Harto sabíamos que costaría la vida á algunos Franceses; pero sabíamos también que debía consolidar la paz y que sería el establecimiento de la libertad universal, el triunfo durable de la humanidad... La naturaleza ha dado á los hombres pa-

(1) *Monitor* del 13 de Julio de 1792.

(2) Proyecto de proclama presentado por Vergniaud, en Diciembre de 1791 (*Monitor* del 11 de Enero de 1792).

(1) *Monitor* del 22 de Abril de 1792.

(2) DE BARANTE, *Historia de la Convención nacional*, t. I, página 28.

(3) BRISSOT, *Discurso á los Jacobinos*, sesión del 16 de Diciembre de 1791 (BUCHEZ y ROUX, *Historia parlamentaria de la Revolución francesa*, t. xii, p. 410).